

## No nos ayuden tanto, por favor...

La idea expresada en el lema “*Comercio y no ayuda*” de los estudiantes progresistas de los sesenta ha encontrado recientemente su eco en sectores más amplios del espectro político y económico. Dambisa Moyo — una economista nacida en Zambia y ligada a Goldman Sach International y al Banco Mundial— ha manifestado su oposición a las actividades de celebridades como Bono y otros artistas de *rock* para enviar ayuda económica a países africanos. En una entrevista con Deborah Solomon en *The New York Times Magazine* en febrero de 2009, Moyo reiteró algunas de las ideas expresadas en su libro *Dead Aid*. Según Moyo la ayuda en la forma de préstamos o donaciones es contraproducente porque crea dependencia, mata el espíritu de empresa e incentiva la corrupción. La ayuda económica — dice Moyo— “priva a los ciudadanos africanos de sus derechos de representación, porque hace que sus gobiernos tengan obligaciones con los donantes extranjeros y no con su propio pueblo.” En lugar de ayudar a los gobiernos, Moyo propone el microfinanciamiento: préstamos otorgados directamente a pequeños empresarios capaces de crear negocios y, con ello, nuevo empleo. Una idea que no está muy lejos de la auspiciada por Muhammad Yunus de Bangladés, ganador del Premio Nobel de la Paz del año 2006.

La crítica a la ayuda económica no es algo nuevo. Incluso cuando esta ayuda muestra un éxito indiscutido —como el caso del plan Marshall que reconstruyó a Alemania Federal después de la Segunda Guerra Mundial— ha

sido cuestionada por los motivos ideológicos detrás de tal ayuda: una escaramuza de la Guerra Fría sostenida por las dos grandes potencias de la postguerra. Críticas como éstas hay muchas. En América Latina son notables los reparos dirigidos al programa de la Alianza para el Progreso impulsado por la administración del Presidente Kennedy para contrarrestar la influencia de la revolución cubana en la región, a comienzos de la década de los sesenta. Lo nuevo de estas críticas más recientes es que no cuestionan sus motivos políticos o ideológicos, sino su *efectividad*.

En palabras similares a las de Moyo, también James Shikwati de Kenia ha criticado la ayuda económica —en dinero o en especies— porque, según él, tal ayuda financia a políticos corruptos y daña a los productores locales que no pueden competir en contra de mercadería regalada. Shikwati, ligado a grupos libertarios y neoconservadores, ha sido criticado a su vez, por Jeffrey Sachs. Sachs —director del Earth Institute de Columbia University y promotor de un desarrollo sostenible en el marco de una globalización progresista— le reprocha a Shikwati el sacar las conclusiones equivocadas de un problema real —la corrupción generada por la ayuda económica— sin entender que tal ayuda humanitaria es una cuestión de vida o muerte para millones de personas en el mundo. Quizás sea así, pero lo cierto es que varias organizaciones humanitarias, como Oxfam America, el Center for Global Development y varias otras, están dando pasos para repensar la forma como agencias oficiales y ongs canalizan su ayuda a los países en desarrollo. ■